

VOILÀ LA FEMME

Yolanda Herranz Pascual

“*Mi casa de cristal, donde a todas horas se puede ver a quien viene a visitarme, donde todo lo que está suspendido de los techos o de las paredes se sostiene como por encantamiento, donde descanso por la noche sobre un techo de cristal, con sábanas de cristal, donde lo que soy me aparecerá tarde o temprano grabado en diamante*”.

Nadja, André Bretón

No tenía intención de acudir a la cita, pero los *pasos perdidos* de una tarde de marzo me permitieron, en mi extravío, este relato que disculpa un encuentro sorprendente: *voilà la femme*; cita desconocida, intuida, no comprendida como su reclamo en francés.

Cada nombre es una metáfora: el título *he aquí la mujer*, designa y proclama la exposición: una nueva presencia de mujer, en cuyas obras, pensamiento, sentimiento y artificio son presentaciones y representaciones de sus propias realidades. En la muestra se hace pública la analogía que nos introduce en la esfera de los significados y da a esas dudas y conjunciones un sentido vital.

Nadja, que a través de una cita introduce esta reflexión, significa *esperanza* para los pasos perdidos de todas las almas errantes, videntes y alucinadas; creencia y promesa para aquellas que habitan una realidad donde todo es insólito. *Voilà la femme* es una puesta en entredicho, un contraluz donde lo íntimo es hecho público y en la que participan para levantarse contrariamente a los demás transeuntes. El carácter espontáneo de esta reunión denuncia su potencia reveladora.

Voilà la femme es también el título de un cuadro de Francis Picabia fechado en 1915. La tela vincula texto e imagen. La obra propone a la mujer como un enigma-máquina. Lo significativo de ella no es su apariencia o representación. Hemos de trascender la visión del aparato y dirigir nuestro interés al análisis de su funcionamiento. El movimiento (de mujer) que implica define su acción y pasión. El mecanismo sólo se proyecta como mujer a través de la dirección que sobre él determina lo escrito. El artilugio, en si mismo, no tiene sexo, y sólo precisa su género y se hace hembra en su funcionamiento, a través del movimiento implícito en ella. Esta pieza clave es quizás el antecedente de una obra enigmática: *La Marié mise à nu par ses célivataires, même* realizada entre 1915-1923; para poder descifrarla Marcel Duchamp nos ha dado una clave incompleta con la que debemos rastrear el significado de su contenido. Notas, dibujos, diagramas... encerrados en dos cajas que funcionan como vasos comunicantes: luz *verde* y luz *blanca* que iluminan con sus destellos la visión del *Phare de la mariée*. Clausurados en su transparencia, la novia y sus solteros, hacen pública (aún) su separación infranqueable; miradas y reflejos, flujos y reflujos determinan la dirección del movimiento en la virtualidad de su transgresión.

Voilà la femme como el *ready-made* son llamadas que se concretan en cita; de la mujer y del objeto consigo mismos para re-definir sus funciones. Estas *citas con nadie* no han sido convocadas para la observación, sino para la introspección. Contemplar para no ver! como en *la novia puesta al desnudo por sus solteros, aún...* Ninguna de las *citas* de la trilogía propuesta está concebida para los ojos, para ver o para admirar...; por el contrario, va dirigida al cerebro, a descubrir y a descifrar,. El *Gran Vidrio* en su transparencia nos ciega; esta obra hermética cambió definitivamente la fórmula de visión, la manera de acceder a las creaciones artísticas que la precedieron.

Voilà la femme acota la visión, pero sus límites no son físicos y restrictivos sino relacionales y poéticos. El título en su atmósfera contiene una realidad soñada: su irresistible llamada, su desconcertante atracción a la deriva, invitan a recorrer todas las líneas del texto y del dibujo, todos los colores del cuadro, todas las formas de la escultura, interrogando al transeúnte que habiendo descendido a este espacio de confrontación se convierte en expectante *voyeur* y observador que busca la orientación en ese deambular imaginario, yendo de una pared a otra, recorriendo una obra tras otra, intentando unir esos puntos de confluencia, esos espacios de intersección de pensamientos. Entretejidos de trayectorias que configuran tramas de líneas de fuerza de cada uno de los diferentes campos magnéticos que articulan las obras.

La pintura y la escritura, la mirada y la palabra se complementan en su conjunción de múltiples divididos: exposición / explicación, muestra / título. Allí se buscaba un texto como ampliación de la visión, aquí necesitamos aquella mirada para profundizar en la comprensión de estas oraciones.

Voilà la femme como proclama nos incita a través de una grafía de líneas de fuego y de *una huella encarnada de beso*, discurriendo los surcos y depositado el rastro sobre un fondo áureo. *Cadmio y Bermellón*: matices de la locura y de pasión; conjunciones y disyunciones de vida y de creación. Chaleco rojo romántico, camisa amarilla futurista: atavíos, estandartes de acción y pensamiento.

Voilà la femme no es un molde vacío, sino cargado de analogías poéticas, asociaciones y connotaciones siempre vibrantes en contacto con la naturaleza. Los labios que pronuncian ese *nombre* caligrafiado en minúsculas son marca, emblema y símbolo de mujer. Situado en el centro de un cuadrado circular, la dualidad del signo *labio* engloba la curva sin fin del deseo. La dinámica de la imagen, su virtualidad de desmultiplicación: doble orificio de placer y conocimiento, de éxtasis y lenguaje, de poesía y comunicación, de oración y pensamiento, de articulación y transgresión. La imagen no inventa relaciones, las descubre (labios: (erotismo<->oración)).

La exposición obliga al espectador a trascender su experiencia perceptiva. En su puesta en escena, la asimilación se torna indescifrable y lo hermético se hace traducible. La muestra propone un espacio de vibración sensible, sembrado de premoniciones e incitaciones del sueño de la noche. La mujer: personaje herido, puede despertarse, liberada de la seducción de la muerte y alcanzar el lago de los espejos donde habita el juego de lo uno en lo otro.

Al despertar al amanecer, una especie de armonía, donde cada uno consiente en su destino sabiendo que todo se completa, se corresponde, se renueva..., mece oscilante a esas *diecinueve* prosas y poéticas, ya sea hacia el lado de lo real o hacia el de lo imaginario. Reveladas al atardecer esas obras-fronteras perpetuamente cuadrangulares, inmóviles y suspendidas por sus propias colgaduras- operan como médiums que nos proyectan a la infinitud del otro lado, se convierten en verdaderas intercesoras entre lo que existe y ese más allá de la imagen.

El recinto expositivo encierra problemas que no tienen solución. La ausencia de resultados de las distintas formas en las que se plantea esa persecución vital de desarraigados dictados por la necesidad pudiera considerarse sin esperanza a causa del tiempo transcurrido. Sin embargo, el título tiene razón: *Voilà la femme*, el resurgimiento de su aura actualiza a la mujer resolviendo la dualidad del círculo: amor/muerte a través de una tercera vía: *la poética*. Lo que ha sido necesario que dejemos, para convertirnos en lo que somos. Por fin el sentimiento de logro ininterrumpido.

El gran problema es el acto de escoger. Esta elección es una suerte de cita, por lo tanto, convoca en ella misma ecos de erotismo. Nuestro oficio como artistas-poetas... es andar siempre sobre la cuerda floja, sonreír encima de los abismos como la volatinera... mantener *graciosamente* el equilibrio sobre el cuadrado pluscuamperfecto en el que gira nuestro triángulo: deber/pensamiento/deseo. Exorcicemos, como nos propone Octavio Paz, la Historia.

Voilà la femme como acto público se dilató entre dos efemérides cuyas cotas límites fueron: su inauguración (día de la mujer) y su clausura (día del padre). Estas dos fechas, simbólicas en el marco social, parecen proponer una reivindicación en la que los términos se han invertido: el calendario marca el *día de la Mujer* sin embargo no existe un *día del Hombre*, quizá porque él tiene, socialmente, definida su condición con toda claridad. Para ella, el día 8, no debería suponer un punto y aparte en la reflexión de lo que significa e implica, en nuestro hoy el término *mujer*; sino, más bien, ser un punto y seguido que proporcione de una manera generalizada, la conciencia necesaria para responderse a las preguntas: primero como ser singular y después como ser social. Necesidad secreta y oscura de autorreconocerse y autodefinirse como mujer, con toda la carga de pasión, pensamiento y acción que implica su propia condición.

En *Voilà la femme*, *mujer* se propone como término autónomo, sin calificación de *esposa o madre*; la condición de cada uno de estos dos acompañamientos está indisolublemente ligada al hombre: uno, como vínculo social; otro, en su relación natural. Ambas adjetivaciones son de interés vital si se dan como opciones de voluntad y libertad.

Hacer coincidir la clausura de la muestra con el *día del Padre* demarca otro espacio de recuperación, en este caso el del hombre como padre. Esta nueva clave define una inédita correlación de armonía con la mujer. La asunción de esa función -no sólo como procreador, sino como compañero de viaje en la educación de los hijos- establece un apasionante nexo en el seno de lo familiar.

En nuestra cultura fin de siglo los vínculos hombre-mujer: (amantes) (padres, compañeros), se redefinen y reajustan en los espacios de relación: natural y social (familia, trabajo).

Mujer/hombre: conjunción/disjunción, complemento y diferencia, realidad y deseo, establecen un campo magnético recorrido por el circuito: atracción/repulsión. El resplandor producido por su alternancia posibilita a nuestras almas la consciencia de una representación de si mismas y de lo otro, cada vez más transparente.

Voilà la femme se alza como un canto de *imágenes* que celebran la reconciliación de la mujer consigo misma... y con el mundo. A través de un juego de *imágenes* visuales y de reflejos virtuales se transfigura el lago en cuerpo de mujer, haciendo del movimiento subterráneo del agua los flujos mismos de la sangre...

"Es mi corazón el que late en tus profundidades inolvidables en esta cegadora rosaleda de la locura matemática en que incubas misteriosamente tu potencia".

L'amour fou, André Bretón